

§ X.

MAESTRO. Pertinacia, se llama así, porque á nadie se rinde, ni se sujeta jamas á parecer ajeno; porque está casado ó amistado con sólo el suyo. Hombres hallarás tan encalabrinados y tan fuertemente adheridos á su opinión y parecer, que, si estuviese en su mano hacerlo, ni al de Dios se rendirían; y cuando ménos, procuran que todos los demas se conformen con el suyo. En estos tales reina la pertinacia, que otros llamaron propiedad de voluntad. ¿De dónde naçen tantas clases de disensiones y de cismas, aun entre gente que se ocupan de virtud, y el quebrarse los cascos porfiando, sino de este vicio? Y aun creo, que el mayor número de las herejías procede de él. Entre las mercedes que Dios hizo al hombre en su creación, una es, y acaso la mayor (no saliendo de los límites de naturaleza), el haberle dotado de libre albedrío. Fué esta una joya tan preciosa y rica, que como un diamante de inestimable valor brilla y resplandece, y se aventaja á las demas; y, como dice Tertuliano, con sólo él le diferenció é hizo superior á todos los animales y semejante á Sí. De este tan perfecto don, por el cual la criatura racio-

nal es ayo de sí misma, y tiene libertad para el bien y para el mal, para la muerte y para la vida, para el pecado y para la justicia, usan algunos tan en su daño, que vienen á perderse por el medio que les dió para ganarse. Porque estar el hombre pertinaz en hacer su voluntad y seguir su opinión contra sus mayores, es su despeñadero, y un abismo sin suelo de todos los vicios, y principio de todas las pérdidas espirituales; y destruído este jayán, luego caen por tierra los muros de Jericó, esto es, todo el edificio de los pecados, y se entra en el camino real y seguro que conduce á Dios. Porque hecho el hombre señor de sí mismo, rige sus apetitos con las riendas de la razón, y sin dificultad camina tras el impulso y dirección de Dios y de sus mayores, según que de los hijos suyos lo certificó San Pablo.

DISCÍPULO. Según lo que has dicho, ¿sóla la obediencia cortará la cabeza á ese poderoso gigante?

MAESTRO. Ninguna duda tengas de ello. Mas para que sea su cuchillo y no le deje hora de vida, es necesario el desprendimiento de toda propiedad de sentido; porque ninguno pudo ser jamas perfectamente obediente que funcionase como propietario de su voluntad. Y no más sobre este asunto.

DISCÍPULO. Sigue ahora el séptimo enemigo, llamado negligencia.

MAESTRO. No quiero cansarme en decirte quién es, porque harto le conoce todo el mundo, y bien familiar es á la mayor parte de las gentes. Es el obligado de los palacios de los Príncipes, y el que jamas falta en los sitios solitarios, sin que por eso pueda echársele de ménos en los conventos de los religiosos. El nos hace considerar como cosa poco importante los pecados, y hasta familiarizarnos con ellos cuando hubimos reincidido; y teniendo algunos propios y como naturales en el alma, hacer caso omiso de ellos, sin procurar arrancarlos de raíz de ella. Por lo cual yo he visto muchas personas, en el concepto de las gentes muy virtuosas, y que sin embargo eran muy coléricas, mal sufridas y sin sujeción ni obediencia á sus superiores, especialmente cuando les contrariaban su voluntad. El negligente es envidioso del bien ajeno, porque la negligencia no le deja ocuparse del bien propio; y cuando se considera desaprovechado, no quiere persuadirse de que los demas aprovechan; de donde nace que interpreta como mal todo lo que ve, de todos murmura, á todos calumnia y de ninguno dice bien. Es negligencia la peste conocida de las congregaciones, porque despreciando el

obrar, da luego en murmurar; consúmele la envidia del bien y prosperidad ajenos; y el ver medrar al prójimo y que tiene cabida ora con Dios, ora con los hombres, es su tormento; y no deja piedra que no mueva por usurpar para sí lo que nunca mereció, ó condenarlo en quien mercedamente lo posee. El negligente murmura de los Prelados con amargura de corazón, pecando en esto contra el Espíritu Santo, que lo detesta fuertemente.

DISCÍPULO. Nunca créí que fuera la negligencia tan grande enemigo del alma.

MAESTRO. Del hombre que se sometió á él ninguna esperanza puede tenerse acerca de su aprovechamiento en la vida espiritual; porque, como muy bien sabes, la envidia, pertinacia y murmuración, en que se ejercita de ordinario, son hijas del demonio, pronosticadoras de la condenación eterna, sustento y leña del infernal fuego; tragándose de una vez todo el bien que haya en el alma, á la cual hacen diabólica é infernal como ellas.

DISCÍPULO. Parece que habré de hacerme escrupuloso con la doctrina de esta tarde, que es sin duda rigurosa.

MAESTRO. Habrás caído en manos del octavo jayán, que tiene hechos hartos estragos en las religiones y fuera de ellas. ¿Sabes cómo llamó un sabio á los escrupulosos?

DISCÍPULO. Me holgara de saberlo.

MAESTRO. Carnicería de la conciencia, que siempre padece, sin que basten á quietarla los consejos, avisos, reglas ni amonestaciones. Este sufrimiento de los escrúpulos es penosísimo y peligrosísimo, y hállase en buenos y en malos. Yo conocí un hombre de vida har- to estragada, que me daba más en qué enten- der con los escrúpulos que tenía sobre la poca atención con que rezaba las horas de Nuestra Señora, que á sí mismo con los muchos y gran- des pecados de sensualidad que cometía; por éstos se preocupaba ligerísimamente, mien- tras que por otras faltas veniales se atormentaba á sí y á mí. Y alabé muchas veces la justicia divina, que castigaba el deleite de la carne con la aflicción de aquel no mortificado espíritu, obligándole casi por fuerza á enmen- dar lo que tan indispensable era, por medio del tormento, sobre lo que merecía menos temores.

DISCÍPULO. También la Samaritana, ha- llándose á la sazón en pecado con hombre que no era suyo, se mostró escrupulosa con Cristo cuando le dijo con repulgos: que sien- do El judío, cómo se atrevía á pedirla agua á ella, que era samaritana?

MAESTRO. Y los fariseos, transgresores de la ley divina, que manda honrar y acudir al

remedio de los padres, ¿no acusaron á los dis- cípulos de Cristo, como formando escrúpulo porque cuando comían no se lavaban las ma- nos? De ellos dijo la eterna Verdad: «Cuelan el mosquito y tráganse el elefante».

§ XI. Y solos en malos. Yo conocí un hombre de vida har- to estragada, que me daba más en qué enten-

Peró dejemos esta gente, que no es escru- pulosa y lo finje porque los tengan por san- tos y celosos de la perfección, y vengamos á los verdaderamente atormentados con peque- ños ó grandes escrúpulos. Ante todo, digamos algo de esta guerra que interiormente pade- cen; luego el origen de esta tentación; después el daño que causa en el alma, y últimamente los remedios que aconsejan los Santos, si es que tienen remedio los escrúpulos.

DISCÍPULO. Paréceme que queréis tratar de intento esta materia.

MAESTRO. Deséolo á lo ménos, por ser de la que ménos he hallado escrito, y aun cuán- do para hacerlo he sido solicitado varias veces de personas escrupulosas. De este padeci- miento, han dicho algunos sabios que parecen efecto de maldición de Dios contra desobe- dientes, cuales son en su mayor parte los es- crupulosos, que ni obedecen á las inspiracio- nes divinas, ni á los consejos de los médicos

espirituales. «Huiréis, dice la Sagrada Escritura, sin que os persiga nadie». Y el Profeta: «No invocaron al Señor, y temieron donde no había de qué». En el Deuteronomio, entre otras maldiciones que allí pone Dios contra los que no le obedecieren, una de ellas dice así: «Por un camino salgas tras tus enemigos, y por siete vuelvas huyendo, y nunca falte reprehensión en cuanto pusieres mano». Cuando le parece al escrupuloso que halló un camino, ó una razón buena contra sus escrúpulos, comienzan contra él esos mismos á dirigirle sus tiros, y cercado de ellos como de crueles enemigos, ni sabe qué camino tomar, ni qué hacer, porque jamás le falta reprehensión en cuanto hace. Hallarás sobre este particular mil diferencias de tentaciones: unos nunca piensan sino en sus pecados, echando cuentas de día y de noche sobre si los han confesado bien, si dijeron tal pecado, si omitieron decir esta ó la otra circunstancia, si se prepararon como estaban obligados; y después de haber peleado mucho en esta guerra, y cuando les parece ya que no es posible hacer más de lo que hicieron, y el confesor les tranquiliza, vuelven á cavar de nuevo en esta mina, y persuádense, por último, de que no confesaron bien, porque no dijeron tal intención, ó porque preguntados no respon-

dieron exactamente con la verdad, ó porque les quedó tal palabra por decir; y juzgando en su interior que cometieron sacrilegio, convierten la confesión en confusión, niebla y oscuridad del alma, y vuelven otra vez al confesonario, y tanto ménos ven, cuantas más veces lo repiten. Yo me acuerdo de una señora muy escrupulosa, que teniendo en verdad mucha cuenta con su conciencia, y siendo la confesión dos veces por semana, jamas se acercaba á comulgar sin que se hubiese reconciliado antes diez veces, cuando ménos, llegando al extremo de pedir al Sacerdote que la oyese cuando éste tenía ya el Sacramento en las manos, á pretexto de que no se atrevía á recibir al Señor.

DISCÍPULO. Tiranía cruel del demonio.

MAESTRO. Lo peor es que confesando mil veces un mismo pecado, con otras tantas circunstancias, que Satanás les enseña y trae á su memoria, tan intrincadas y ciegas, que preguntan á cada paso á los confesores si las han entendido, quedan ménos satisfechas al fin que lo estuvieron al principio. Y aunque desean acercarse á estos divinísimos Sacramentos, y el privarles de ellos equivale á condenarlos á muerte, el día de la Comunión es para ellos día de juicio, porque los reciben como espíritus malos y llegan á trasudar con

ansias y agonías superiores á todo encarecimiento. Juzga tú ahora cómo gozarán del fruto de la Comunión, y la paz que les quedará en el alma después de haber comulgado. ¡Y, válganos Dios, que ya al cumplir la penitencia han padecido poco! Aun cuando no sea más que un Ave-María, nunca saben concluir, ni quedan satisfechos de que la rezaron.

§ XII.

Supu yo de un religioso escrupuloso, á quien, habiéndole impuesto de penitencia que dijese Jesús cien veces, se fué al claustro, y cortando otras tantas hojas de jazmines, se subió á un terrado del convento, y desde allí echaba por el aire aquellas hojas, y decía con cada una: Jesús fuera, Jesús fuera, porque ménos que con esta diligencia no quedaba quieto.

DISCÍPULO. Pudiérase muy bien reir ese hecho, si no hubiera de por medio la miseria del hermano.

MAESTRO. A veces no se puede disimular la risa oyendo tales disparates. A algunos acomete el demonio con tentaciones de blasfemia contra Dios y sus Santos, y son tantas y de tantas maneras, y tan á punto, y con

tanta malicia, con tanta novedad y ahinco, y en cualquier cosa que hacen, que ellos mismos se admiran y espantan, y les parece que en sí tienen el propio infierno, de donde, y no de otra parte, pueden salir y brotar tales imaginaciones. Todo su oficio de día y de noche es blasfemar, y viéneles con esto una ira tan grande, que parecen endemoniados, y con ella se confirman en que las blasfemias les salen del corazón y con deliberada voluntad, y á veces, estando solos, llegan á pronunciarlas por la boca. Nácele de aquí al ánima un desplacer tan grande y una tan profunda tristeza, que la consume toda; y como ve que al fin hace aquello de que recibe pena, dando más crédito á la obra que á su pesar, persuádese de que es voluntario lo que verdaderamente no llega á la voluntad. Acuden con esto, como enemigos en celada, tentaciones deshonestas, tan espantosas y torpes, que ni aun mirar á lo santo osan, ni levantar los ojos á Cristo puesto en la cruz; y cuando entran en la iglesia les acometen tan de tropel estos sucios pensamientos, como si aquel lugar fuese donde se hubieran de cometer. ¿Pues qué si conocen ó tienen amistad con alguna persona espiritual? A veces se abrasan con solo acordarse de ella; y teniendo firme propósito de morir mil muertes antes que

ofender la castidad, juzgan de sí que consienten, y que ofenden, y que ya del todo se han perdido. Y vengamos, pues, al oficio divino, á donde se han visto almas tan atormentadas de escrúpulos, que se puede pensar y creer que les da Dios allí su purgatorio. No te podré decir lo que aquí pasa, porque en la pronunciación nunca se satisfacen, pareciéndoles que pronuncian *m* por *n* y *t* por *d*, y la tercera persona por primera. Cuando dicen el segundo Salmo, les persuade el pensamiento de que se les pasó el primero; y algunos hay tan livianos, que luego lo creen, y le vuelven á repetir una y muchas veces; pregonando en esto que son lo que dijo el Sabio, de corazón fácil y de poco seso. En la Misa es más peligrosa esta batalla, y aún más en el tiempo de la consagración, porque arremeten algunos con las primeras palabras de ella con un furioso ímpetu, y corriendo por los medios, quedan silbando con las postreras. Otros las dicen con tanto ahinco y despacio, que por *Hoc* dicen *Hoque*, y por *est* dicen *este*, y por *Corpus Corpuse*, y por *meum meuum*; y no advierten estos repetidores de Gramática, que tanta menor satisfacción les queda, cuanto más se desecan y consumen repitiendo. No reiteres la palabra en tu oración.

DISCÍPULO. A mí me suele afligir algunas

veces el demonio con representarme y fijar en la memoria cosas que me puedan dar pena y enfado, sin que me sea posible desecharlos en todo el día; y cuanto más trabajo con esto, tanto más parece que se arraigan y confirman.

§ XIII.

MAESTRO. Eso hace él para quitarte el recogimiento y los pensamientos que te pueden ser de provecho; y es ordinario olvidarse eso cuando el hombre ningún caso hace de ello. Del águila se dice, que para apoderarse del ligero ciervo y hacer en él presa á su voluntad, se va á un arrenal, y revolcándose en la arena, cargada de ella alas y cuerpo, se sube sobre la cabeza del ciervo, y asiéndose fuertemente con las uñas, sacúdense de aquel polvo encima de los ojos del animal, y ciégale y entontécele de manera, que él mismo se precipita y despeña, y viene á ser pasto de esta sagaz y astuta ave. Yo digo, cierto, que leyendo esta propiedad del águila se me representó esta lucha de pensamientos y escrúpulos, que á mí ver son como arena menuda, de que el demonio viene cargado, especialmente en el tiempo de la oración y recogimiento; y sentándose en las cabezas de los escrupulosos,

sacude sus alas y ciégales así el entendimiento, y de tal manera los desatina, que muchas veces dan en la desesperación, ó á lo ménos viven siempre con un tedio y enfado grandísimo de la vida, rendidos ya á la tentación del enemigo é incapaces de ningún consejo; perseverando, como dijo el Profeta, á la manera de los heridos en los sepulcros, siempre temblando y nunca seguros. Un padre guardian me contaba de un cierto religioso, ciego de esta pasión de escrúpulos, que fué á confesar con él un día, y le dijo que andando por el claustro había adorado un Cristo que estaba en un ángulo de la pared, y que tenía cierto escrúpulo de que había adorado al mismo tiempo un sayón que allí inmediato estaba pintado.

DISCÍPULO. No se puedé encarecer más la miseria de los escrupulosos; pero convendría que dijese ya la raíz de donde proceden.

MAESTRO. Ya te dije poco há, que me parecía castigo y maldición de Dios; y si te dijere él por qué, acaso confesaras que no ando fuera de camino.

DISCÍPULO. No es posible que yo piense eso de tí, porque sé que has corregido á muchas personas escrupulosas, y que has encontrado la vena á esa enfermedad.

MAESTRO. Los escrúpulos nacen de dos

principios: el primero es desordenado amor de sí mismo; el segundo, escaso amor de Dios. Claro está, si se mira bien, que del demasiado amor que el hombre se tiene á sí, se engendra temor y miedo de aquello que por alguna vía puede dañarle y ser contrario á su naturaleza. De donde deduzco yo, que aun cuando parezca que el escrupuloso guarda la ley de Dios y los preceptos de su Iglesia, es muy probable que no guarde el de la caridad, porque todo lo que hace lo hace, no por amor de Dios, sino de sí mismo, huyendo su condenación. Y es cierto que este tal no puede poner en Dios su confianza, porque no le guarda fidelidad; y así su vida interior es miedo, pavor, trabajo y miseria; y por echar de sí estos temores hace rigurosas penitencias, trabaja, ocúpase en obras de misericordia, toma disciplinas á menudo y nada le basta para librarse de semejante calamidad; al fin, cuanto más se ama, tanto más se teme la muerte, el juicio y las penas del infierno.

DISCÍPULO. ¿De manera que el desordenado temor nace del amor de sí mismo, el cual me compele á desear ser bienaventurado, aunque sea infiel á Aquel que me puede hacer esta gracia?

MAESTRO. Así es, como lo dices. El otro principio de escrúpulos se funda en el escaso

amor de Dios. Y la razón es, porque de amor pequeño no puede engendrarse confianza grande; la verdadera confianza de la misericordia divina y de su liberalidad y gracia, es hija del amor, la cual no nos pueden dar ni las penitencias, ni los ayunos, ni las disciplinas, ni otras ningunas obras desnudas y desacompañadas de él. Y es cierto que no hay cosa tan necesaria al que pretende llegar á la perfección de que tratamos, como la grande confianza y esperanza firme en Dios, cuando el hombre hace de buena voluntad lo que es de su parte por no ofenderle; que, como dijo un sabio, «cuanto uno más espera, tanto más es agradecido, y tanto más enmienda sus faltas por no desagradar á aquel en quien puso su confianza». Y el Profeta dice: «Muchos son los azotes del pecador desconfiado; pero al que espera y confía en el Señor, su misericordia le rodeará».

§ XIV.

DISCIPULO. Predicando un día en una Misa nueva en Sevilla, dijiste sobre aquellas palabras de Cristo: «Si alguno me ama, guardará mis mandamientos», algunas cosas notables acerca de esta materia de que tratamos, que dieron mucho gusto á los oyentes, y algunos

escrupulosos sintieron alivio y remedio; holgaría de oírlas ahora, si tú no tuvieses dificultad en referirlas.

MAESTRO. Dije, si mal no me acuerdo, que el amor hacía fácil y muy llevadera y agradable la ley de Dios.

DISCIPULO. Eso probado se está, que, según el parecer de San Jerónimo, ninguna cosa hay dura ni dificultosa á los que aman. Y San Agustín dice, que los trabajos de los que aman son como de cazadores y pescadores, que ó no se sienten ó hay en ellos deleite.

MAESTRO. De ahí saqué yo luego, que el desamor engendra dificultades, aun en las cosas muy fáciles. Y advierten los Doctores, que tratando Cristo del amor, habló de su ley en singular, conviene á saber: «Guardará mi palabra quien me amare». Y hablando del desamor, habló en plural, diciendo: «Quien no me ama no guarda mis leyes». De esta raíz del desamor nació que dando Dios á nuestros primeros padres un solo mandamiento: que no comiesen del arbol de la ciencia del bien y del mal, siendo uno y tan fácil, se persuadió Eva de que eran dos preceptos, no fáciles, sino dificultosísimos, y la observancia de ellos imposible. Y eso está diciendo la respuesta que dió nuestra madre Eva á la serpiente, cuando le preguntó el por qué del di-

vino mandamiento. «Mandónos, dice, que ni comiésemos ni tocásemos».

DISCÍPULO. Esto último es mentira.

MAESTRO. Y el sonsonete está dando á entender que hay imposibilidad en lo primero. Y es el mal, que come Eva y toca y quebranta dos mandamientos: uno que le impuso Dios, de no comer, y otro que se impuso ella, de no tocar; porque pecó contra su conciencia, que le dictaba hallarse vedado el tocar como el comer. Y esta es la desdicha del escrupuloso, que en daño de su alma forma y añade nuevos preceptos y obligaciones dentro de la ley de Dios, sin que consten en ella, todos los cuales inventa y halla el desamor. Y si dejasen de hacer el mal que imaginan, tolerable sería; pero nunca hay en esto enmienda; escrupulizando siempre y siempre pecando.

DISCÍPULO. Según eso, error grande es afirmar que el amor hace escrupulosos.

MAESTRO. Es blasfemia en el caso á que nos referimos; lo primero, porque el amor es el que facilita el cumplimiento de la ley, y hace que muchos preceptos parezcan uno; lo segundo, porque los que aman son muy discretos y sabios; que el amor es maestro en todas las ciencias, y no puede haber ignorancia en el que de verdad ama, á lo ménos que

ofenda al amado. «Quien hiciere la voluntad de mi Padre (dice el Señor) con amor y caridad, tendrá conocimiento de mi doctrina, y no ignorará lo necesario para su salvación». Es gran maestro el amor; sábese mucho más amando que revolviendo libros y frecuentando las escuelas; por lo cual concluyo con asegurarte, que los escrúpulos nacen del amor propio y desamor de Dios; porque en el alma que falta el divino amor hay confusión y tinieblas en el entendimiento, y pesadez y carga intolerable en la voluntad aficionada á sí misma.

§ XV.

DISCÍPULO. Algunos han dicho que los escrúpulos nacen de melancolía, otros que de soberbia, otros que de necedad é ignorancia.

MAESTRO. Todo puede ser, y el no hallarles con certeza muchos sabios el padre que los engendra, es prueba de que son muy ruin gente y muy vil canalla. Yo he visto muchos hombres cuérdos y teólogos llenos de escrúpulos; y á mí vino un maestro en Sagrada Teología, harto fatigado de un escrúpulo acerca del Santísimo Sacramento del altar, á quien consolé y curé, por la misericordia de Dios, con bien pocas razones. A los que dicen

que los escrúpulos nacen de melancolía, digo que aun cuando parezca que no pueden tener padre corporal hijos espirituales, no cabe duda que se ayudan ellos de ese humor terrestre y pestilencial, y que con él se arraigan más en el alma; y cuando de aquí cojea el escrupuloso, suelen serle de provecho las medicinas corporales: el comer bien, por ejemplo, las conversaciones indiferentes, los entretenimientos de caza y pesca, etc., pues realmente es enfermedad ésta que pueden curar los físicos, sin necesidad de los padres espirituales. Tampoco puedo dejar de confesar que los demasiadamente escrupulosos pecan de necedad ó de locura, porque son muy fastidiosos y casi insufribles donde quiera que residen. A veces perturbán las comunidades, se les ve en los coros de las iglesias haciendo gestos y meneos desacostumbrados, como las monas, con que provocan á risa á sus compañeros, y á veces á ira; ellos darán cuenta á Dios de esta su inquietud, tan en daño de sus hermanos. Hartas veces he pensado, y otros conmigo, que hay en esto malicia y fingimiento, y que por parecer santos escrupulean, repiten y pronuncian de una manera exageradamente afectuosa las palabras en sus rezos. A estos tales les privaría yo de decir Misa y confesar y de recibir el Sacramento, porque ó son locos ver-

daderos ó son locos supuestos, y en uno y en otro caso se hallan incapacitados para estos beneficios.

DISCÍPULO. Muchas veces me he reprendido yo por haber calificado de loco á un escrupuloso, fundándome para ello en que otros que estaban en su caso parecían más ó ménos atormentados de esta pasión, según las crecientes y menguantes de la luna; admirándome mucho de que su principal cuidado consistiese en que le dieran doblada la ración.

MAESTRO. En eso paran los escrupulosos en demasía; y consiste en que para remediar la vanidad de la cabeza idean comer espléndida y regaladamente, dormir mejor, y no matarse en los trabajos de la Orden, ó de su casa si son seglares. A los que no se encuentren en este caso, digo que, en tanto que las tentaciones y pensamientos importunos de blasfemia ó de sensualidad ó contra la fe y honestidad que se debe á los santos y cosas sagradas, hubiese guerra y lucha, de ninguna manera hay pecado; porque ahí falta el consentimiento de la voluntad, que está encontrada con los tales pensamientos, siendo necesario que éstos y ella estuviesen de acuerdo para que cesara la guerra; en cuyo último caso, únicamente, sería cuando se estableciese la paz falsa y mala, que dijo el Profeta.